

LA LLEGADA DE LAS HERMANAS DE LA CRUZ A PEÑAFLOR

El inicio de las Hermanas de la Cruz entre nosotros data del día 19 de marzo de 1913, miércoles, hace ya un siglo. Salieron desde Sevilla a las 6 de la mañana y el ferrocarril de entonces trajo a las primeras Hermanas de la Cruz destinadas a nuestro pueblo: Superiora Hermana San Felipe y las Hermanas Sacramento y Resurrección. Tardaron tres horas en llegar a la estación de tren donde les esperaban el párroco D. Diego Algorta acompañado de su madre, hermana y algunas señoras más que deseaban brindarles una cálida acogida. El trabajo de este sacerdote fue clave para hacer posible la fundación en Peñaflor, tal vez por esto y su dedicación al pueblo, a su muerte fue enterrado en la ermita de Villadiego. También fue decisiva para la fundación la dotación económica de otro sacerdote, D. Pedro Carranza, hijo de nuestro pueblo.

Una vez llegadas a Peñaflor, se dirigen a la Parroquia y asisten a la Misa de precepto de la festividad de San José. Visitan algunas casas del pueblo y comen en casa del párroco. Hacia las cuatro de la tarde, acompañadas de éste llegaron a la que sería su casa, el Convento de San Luís del Monte, que se encontraba en estado bastante ruinoso. Contaban con dos habitaciones, una para dormitorio y la otra para coser y recibir a quienes las solicitaran. Carecían de todo para iniciar su vida en el pueblo y necesitaron ayuda de las Hermanas de Sevilla y de algunas familias de Peñaflor. Para poder comenzar les regalaron una tinaja para el agua, un quinqué para poder alumbrarse y la cena para su primera noche en Peñaflor.. al no tener cubiertos se vieron obligadas a valerse de las manos para comer.

Día tras día, van adaptándose al pueblo, conociendo a su gente y entregándose a su labor sin dar más tregua a su instalación: ayuda a los necesitados, aseo de hogares, visitas y asistencia a enfermos...todo con discreción, humildad y entrega absoluta. La primera visita fue a una mujer enferma de la calle Arroyo que ocupaba una vivienda en muy precarias condiciones; los más menesterosos son los preferidos de las hermanas desde el principio. Pronto se ganan el cariño, el respeto y la admiración de

todos; los trabajos que llevan a cabo y con el cariño que los realizan son su seña de identidad.

Más tarde iniciaron su tarea docente, su enseñanza de labores y las catequesis. Habilitaron dependencias en San Luis del Monte para que se pudieran alojar un grupo de niñas como internas; también inauguraron un comedor y hospital de urgencia para los pobres.

El grupo de hermanas que trabaja en nuestro pueblo recibió varias visitas de la Madre General, Sor Ángela de la Cruz. Una de ellas fue el 26 de julio de 1913 para fundar oficialmente la comunidad de las Hermanas de la Cruz en Peñaflores. Después visitaría nuestro pueblo en distintas ocasiones.

El trabajo de las hermanas era incesante, además de sus "asistencias" se encargaban de atender la limpieza del edificio de S. Luis del Monte, de la capilla, de sus plantas y flores, de las clases; sin olvidar su compromiso con la vida de oración. Con frecuencia se veían desbordadas para atender tantos quehaceres y esto provoca tomar la decisión de trasladarse a su actual casa, más pequeña y más fácil de gobernar y compaginar con su dedicación a los demás, en el año 1972.

Ha ido transcurriendo el tiempo, mucho tiempo, 100 años, y ellas continúan siendo las mismas, inagotables en su dedicación de atender a los enfermos, incansables en su entrega a los marginados de la sociedad, perseverantes en proteger a los indefensos, constantes en socorrer a los pobres.

No es necesario seguir incidiendo en lo que todos conocemos, es decir en la ingente labor de las Hermanas:

-Frente a la soledad.

-Junto al llanto.

-En las mañanas oscuras y desoladas de los hogares que no humean.

-Ante la herida que sangra y la voz que se quiebra del prójimo

abandonado por el propio prójimo.

-Con los enfermos...

Vuestros rostros, Hermanas, no miran hacia otra parte, ni vuestros pasos nos dan la espalda.

No. Vuestros ojos siempre miran con ojos de amor y del manantial de vuestras almas, corazones y manos, siempre mana AMOR.

Creemos en vuestros ojos y en vuestras manos.

Y, aunque algunos desconfíen y afirmen que la abnegación absoluta, la entrega desinteresada y el servicio a los demás desde la humildad, caridad y pobreza no existe. No tiene rostro.

¡Ah! Les diríamos que si existiera su imagen, sería muy semejante a nuestras queridas Hermanas de la Cruz.

Antonio José Simón Hierro.